

Como en otros años, El Búho se suma a los tradicionales festejos a las madres mexicanas, con una extraordinaria antología realizada por el poeta Dionicio Morales. Se trata de una brillante selección de los poemas más hermosos escritos por grandes autores. Entre ellos se encuentran poetas de la talla de Carlos Pellicer, Octavio Paz, Enrique González Rojo, Margarita Michelena, Roberto Cabral del Hoyo y Efraín Huerta. Sabemos que, como siempre, esta serie de poemas servirán para valorar el importante papel de la maternidad y en especial para valorar la compleja relación, a veces edípica, entre el escritor y una mujer esencial: su madre. En tal sentido, Dionicio Morales ha estudiado y seleccionado grandes ejemplos poéticos que vale la pena leer y volver a leer.

El Búho

*¡Buenos días, mamá!
(Antología poética)
Selección de Dionicio Morales*

Nocturno a mi madre

CARLOS PELLICER

Hace un momento
mi madre y yo dejamos de rezar.
Entré en mi alcoba y abrí la ventana.
La noche se movió profundamente llena de soledad.
El cielo cae sobre el jardín oscuro
y el viento busca entre los árboles
la estrella escondida de la oscuridad.
Huele la noche a ventanas abiertas,
y todo cerca de mí tiene ganas de hablar.
Nunca he estado más cerca de mí que esta noche:
Las islas de mis ausencias me ha sacado del fondo del mar.

Hace un momento
mi madre y yo dejamos de rezar.
Rezar con mi madre ha sido siempre
mi más perfecta felicidad.
Cuando ella dice la oración Magnífica,
verdaderamente glorifica mi alma el Señor

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

y mi espíritu se llena de gozo para siempre jamás.
Mi madre se llama Deifilia,
que quiere decir hija de Dios, flor de toda verdad.
Estoy pensando en ella con tal fuerza
que siento el oleaje de su sangre en mi sangre
y en mis ojos su luminosidad.
Mi madre es alegre y adora el campo y la lluvia,
y el complicado orden de la ciudad.
Tiene el cabello blanco, y la gracia
con que camina



Jorge López

dice de su salud y de su agilidad.
 Pero nada, nada es para mí tan hermoso
 como acompañarla a rezar.
 Todos los días, al responderle las letanías de la Virgen
 –Torre de Marfil, Estrella Matinal–,
 siento en mí que la suprema poesía
 es la voz de mi madre delante del altar.
 Hace un momento la oí que abrió su ropero,
 hace un momento la oí caminar.
 Cuando me enseñó a leer me enseñó también a decir versos
 y por ese tiempo me llevó por primera vez al mar.

Cuando la pobreza se ha quedado a vivir en nuestra casa,
 mi madre le ha hecho honores de princesa real.
 Doña Deifilia Cámara de Pellicer
 es tan ingeniosa y enérgica y alegre como la tierra tropical.
 Oigo que mi madre ha salido de su alcoba.
 El silencio es tan claro que parece retoñar.
 Es un gajo de sombra a cielo abierto,
 es una ventana acabada de cerrar.
 Bajo la noche la vida crece invisiblemente.
 Crece mi corazón como un pez en el mar.

Crece en la oscuridad y fosforece
 y sube en el día entre los arrecifes de coral.
 Corazón entre náufrago y pirata
 que se salva y devuelve lo robado a su lugar.
 La noche ahonda su ondulación serena
 como la mano que en el agua va la esperanza a colocar.
 Hermosa noche. Hermosa noche
 en que dichosamente he olvidado callar.
 Sobre la superficie de la noche
 rayé con el diamante de mi voz inicial.

Mi voz se queda sola entre la noche
 ahora que mi madre ha apagado su alcoba.
 Yo vigilo su sueño y acomodo sus nubes
 y escondo entre mi angustia lo que en mi pecho llora.

Mi voz se queda sola entre la noche
 para decirte, oh madre, sin decirlo,
 cómo mi corazón disminuirá su toque
 cuando tu sueño sea menos tuyo y más mío.

Mi voz se queda sola entre la noche
 para escucharme lleno de alegría,
 callar para que ella no despierte,
 vivir sólo por ella y para ella,
 detenerme en la puerta de su alcoba
 sintiendo cómo salen de su sueño
 las tristezas ocultas,
 lo que imagino que por mí entristece
 su corazón y el sueño de su sueño.

El Ángel alto de la media noche,
 llega.
 Va repartiendo párpados caídos
 y entrando ventanas
 y reuniendo las cosas más lejanas,
 y olvidando el olvido.
 Poniendo el pan y el agua en la invisible mesa
 del olvidado sueño.
 Disponiendo el encanto
 del tiempo sin el tiempo que es el sueño,
 la lenta espuma esfera
 del vasto color sueño;
 la cantidad del canto adormecido
 en un eco.

El Ángel de la noche también sueña.
 ¡Sólo yo, madre, mía, no duermo sin tu sueño!
 (Las Lomas, 8 de mayo de 1942)

Alas del viento
 ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO

¡Qué alas, madre, qué alas
 las alas del viento!

Barriéronme toda la casa,
voláronme todos mis versos,
rompiéronme toda mi vida,
heláronme todo mi cuerpo.

¡Qué alas
las alas del viento!

Se movían como las olas
y zumbaban como el recuerdo,
me destrozaban los cristales
y me revolvían el miedo.

¡Qué alas, madre, qué alas
las alas del viento!

Y yo que no sabía nada,
y yo que vivía contento,
y yo que corrí a mi alcoba
y eché el cerrojo por dentro.

¡Qué alas
las alas del viento!
Vuelan fantasmas de lino
helados sobre mi lecho:
suenan voces que no son,
se oyen campanas que fueron...

Y ¡alas grandes y pesadas
se apoyan sobre mi pecho!

Se dijo que una madre ha muerto
ROBERTO CABRAL DEL HOYO

Recuerdo no; ni llanto, ni cicatriz ni olvido.
Vida viva en mi llama y en mi fe y en mi fuerza.
Hoy, como antaño huésped en tu materna entraña,
los dos como una única voluntad aferrándonos,
los dos soñando fieles nuestro cabal destino.

Años hace que nadie percibe tu presencia,
como si hubieras muerto como un muerto cualquiera.
Fuiste, por todos ellos, enterrada y llorada,
llamada y olvidada...como los muertos de ellos.
Y yo te llevo oculta, fecunda permanente,
más viva en mí, doliente, por el amor transida.

-¿Ciega...?

-Mis ojos miran para los ojos tuyos.

-¿Muda...?

-Mi voz -tus voces eternas- florecida.

¿Inmóvil...?

-Y yo todo vibración, ritmo, vuelo
de tu inicial impulso.

-¿Muerta...?

-Y el hijo vive.

Sueña, canta, palpita, que yo gozo tus gozos.
Vivo la verdadera vida tuya en mi vida.
Eres mi tronco firme, yo tu ramaje nuevo,
arpa del viento, sombra y alto sostén de nidos.

Pasado en claro

(Fragmento)

OCTAVIO PAZ

Giran los años en la plaza,
rueda de Santa Catalina,
y no se mueven. Mis palabras,
al hablar de la casa, se agrietan.
Muchos cuartos vacíos, habitados
sólo por sus fantasmas,
sólo por el rencor de los mayores
habitados. Familias,
criaderos de alacranes:
como a los perros dan con la pitanza
vidrio molido, nos alimentan con sus odios
y la ambición dudosa de ser alguien.
También me dieron pan, me dieron tiempo,

claros en los recodos de los días,
 remansos para estar solo conmigo.
 Niño entre adultos taciturnos
 y sus terribles niñerías,
 niño por los pasillos de altas puertas,
 habitaciones con retratos,
 crepusculares cofradías de los ausentes,
 niño sobreviviente
 de los espejos sin memoria
 y su pueblo de viento:
 el tiempo y sus encarnaciones
 resuelto en simulacros de reflejos.
 En mi casa los muertos eran más que los vivos.
 Mi madre, niña de mil años,
 madre del mundo, huérfana de mí,
 abnegada, feroz, obtusa, providente,
 jilguera, perra, hormiga, jabalina,
 carta de amor con faltas de lenguaje,
 mi madre: pan que yo cortaba
 con su propio cuchillo cada día.
 Los fresnos me enseñaron
 bajo la lluvia, la paciencia,
 a cantar cara al viento vehemente.

Edipazo

EFRAÍN HUERTA

Primero

Se sacó los ojos

Y se los comió

Después

(Un diez de mayo)

Mató a su madre

Por último

Contrajo nupcias

Con su padre

(Sófocles fue testigo)

Mientras tanto

El oráculo

Y Antígona

Se derrisan

De rite.

El pequeño afan

RAMÓN GALGUERA NOVEROLA

Madre, yo quiero ser la indescubierta
 fuente que mana largos espacios musicales
 en el jardín de vida subterránea.

Una cosa tan fácil, tan humilde
 que empiece a deletrear los horizontes
 y acaso ni ella sepa por qué existe.

Quiero ser una cosa tan sencilla,
 que los ojos me vean sin mirarme
 y ni una voz se acerque a mis orillas;
 una cosa tirada en el camino,
 huérfana de recuerdos y esperanzas,
 simple de no encontrar cumbre ni abismo.

Pero los hombres, madre, no comprenden,
 no saben de este dulce milagro de ser,
 en el concierto de todas las doradas maravillas,
 una cosa sencilla.

Una vez tuve un sueño, una ilusión, un vivo
 deseo de diamante, de estrella, de universo,
 pero pasó tan raudo, tan fugaz,
 que no tuvo tiempo para acogerlo
 el nido de mis manos.

Una vez tuve el hondo deseo de hundirme
 -lodo, harapo y escoria- al lirio,
 milagroso de no tener espinas.

Tuve un amor. Te juro que en sus voces había
 una seda de antiguos dobleces y una dulce
 consolación de aromas, de ungüentos y alcanfores;
 que la copa del bien en sus manos se abría,

que era como la blanca sandalia de la aurora,
musical como un árbol florecido de trinos.
Te digo que en sus ojos hubo siempre una clara
frescura de eucaliptos, de gasas mentoladas,
que sus anchas pupilas de mares sin orilla
fueron una agua absorta de impulsos contenidos;
que sus sonrisas alas, leves como las brisas,
rodaban en un aro de goces infantiles.

Tuve un amor. Las hojas del almendro han caído
y en una de esas hojas, barca de aéreos mares,
la última esperanza de cantar he perdido.

Madre, cómo pudiera encerrarme en la noche
de no saber del bien ni del mal de los hombres
y así, esperar tranquilo, con la mirada limpia,
la barca para el viaje largo y definitivo.

Homenaje a mi madre
ALFREDO CARDONA PEÑA

Suele conmover los metales que envejecen
debajo de la tierra
el pensamiento debido a la urna
que recogió tu arcilla.

Como una paloma sufriendo en la tempestad
es el recuerdo de una fuente perdida.
Empapada en olvido, desvanecida como los ecos,
tendida en su propio silencio como un valle,
erige en nosotros un impalpable castillo de sentimientos.

Elfa dormida, fría y sola,
como una muerta quemando la noche.

En su palacio de verde sombra crecen los bosques,
de sus manos se caen las enredaderas fragantes
y las hormigas viajan con su luz distribuida.

Su nombre es como un viejo molino abandonado por el
[tiempo

o como los caracoles rosados de ciertas casas:
vacío alienta con indecibles soplos antiguos
y cuando lo pronunciamos mueve las hojas
porque son nuestros labios las amadas criaturas de su brisa.
Flota sobre los sueños como un témpano,
deshecha en sombra,
peinando sus cabellos en los jardines solitarios de la luna,
y con un ramo de plantas marinas va salpicando mi poesía,
va mojando mi voz con un hisopo de verdes ranúnculos.
El tiempo rasga la serenidad del espacio
estremeciéndose a borbotones,
como un hierro candente punzando el agua fría.

Lo mismo que los buzos, cuando llegan a los barcos hundidos
y los tocan, con el soplete, produciendo llamas fundentes,
es mi recuerdo, caminando en el sueño
con la prisa tan lenta del sumergido,
hasta llegar donde su ser como un ángel delicadamente respira.

Ya lo sabéis, hermanos:
hijo de padres que sufrieron y se amaron sufriendo,
lleno de imaginación como el hambriento
canté, y en mi canción estuvo ella
como una gran sonámbula de fiesta
subiendo por los lentos enigmas celestiales.

Memoria de mi madre
TOMÁS DÍAZ BARTLET

Cuando murió mi madre
me pareció que estaba tan cansada,
que se acostaba sobre su cansancio
y no sobre su muerte.

Después de haber corrido su distancia
de cuarenta y nueve años,
se veía victoriosa en su derrota.

Su cuerpo estaba intacto.
 No le falta nada más que el alma.

Ahora,
 después de haber ido muriendo
 cada instante su vida,
 se ha metido en su sombra,
 en su manera ya definitiva.

En la puerta cerrada de sus labios
 había un marcado color de soledad,
 como de casa vacía.

Su actitud displicente de palabra borrada,
 me hacía pensar que nadie entendería
 su silenciosa lengua subterránea
 de consumido aceite y brasa fría.

Entonces,
 yo no hacía más que preguntarme
 si todavía era ella...
 ella sin ella misma;
 sangre ya derramada,
 quemada lumbre consumida en su llama.

Me acuerdo que estaba custodiada
 por manojos de lirios
 que le daban consejos
 demasiado lívidos,
 y que contrarrestaba sólo, sobre el pecho,
 la rosa roja
 que le había regalado la muerte.

Le gustaban las plantas,
 y por esto
 yo quise mantenerle una tumba de tierra,
 para que ella siguiera
 sembrando flores desde adentro
 y cuidarlas más cerca.

Todas sabrían su nombre,
 habría olor a Mercedes
 y estaría coloreando su apellido.

Y hoy que ya, madre,
 nunca estarás conmigo,
 cuánto me pesa tu palabra muda,
 tu mirada vacía,
 tu vivo nombre muerto,
 tu sonido distinto a mi sonido;
 y no sé si es más grande
 tu misterio de cera consumida,
 o este círculo estrecho
 de la moneda que yo voy gastando.

Trazos para un recuerdo

MARGARITA MICHELENA

A mi madre

Cuando más me parezco a lo que es la ceniza
 –sólo gris despedida, disuelta sequedad–
 humedezco mi boca envejecida por nombres y palabras
 en una, en una sola siempre joven,
 como en un vaso de agua matinal.

Esa palabra viene como la primavera,
 con dos manos azules,
 para tocar el sitio donde todo lo verde
 tiene puesta su verde memoria de volver.
 Y es como una de esas mañanas caídas de repente,
 como una loca y total claridad
 que devuelve los árboles, encalla en los espejos,
 sacude la hierba del polvo oscuro de la noche
 y tiende en el cielo brazadas de nubes
 para que una niña piense:
 “La ropa de los ángeles limpia y puesta a secar”.
 (Eso era lo que pensaba aquella niña
 de otro tiempo y otro lugar

que tenía un perro oscuro, una yegua blanca
y casi ningún motivo para llorar.)

Esa palabra se llama agua,
se llama tierra, se llama hilo y manzana,
es la rana en medio de la charca
y es aquel árbol y su manera de cantar.
Es también la flor que estuvo en el prado
abierta y misteriosa, como una verdad.

¿De dónde viene el húmedo estribillo
que entreabre los tréboles con su olor a verano?
No lo sé. Y aquí está.
Con aquel gran gato dorado como un ovillo de sol.
Con aquel pez jugando a que ardía bajo el agua
y cruzaba rayando de granada
su sala de cristal.

Si yo pudiera decir esa palabra
todo me rescatara del invierno,
todo me lavara de esta sal.
Sé que está allí donde ella estaba
y ya no está.
Sé que está allí donde me arrepiento
y no quisiera haber hecho el mal.
Sé que está en la memoria de mi alma
y está bajo una piedra
que no quiero mirar.

Sé que está donde se hacen mis lágrimas
donde se alzó mi casa, donde mi hermano canta
cuando tengo otra edad
y no pienso en la muerte
y ato los días como un ramo de flores
y los pongo en mi delantal.

Sé que está entre unos libros viejos
y una tenue escritura y un retrato de niebla,
y una lección de música, y unos domingos claros,

y unas alas de polvo, y unas matas de mirto,
y un enterrado aroma de albahacas y de azar.

Sé que está entre unas manos que me quisieron
y ya no he de tocar.
En todo lo que amo, en eso que me duele
y tiene la forma de mi soledad.
Es el rostro del eco. La espalda de la dicha.
Es un camino que sólo lleva hacia atrás.
Y que me voy, me hechiza y me detiene
y me quiere llevar
allá donde yo jugaba
y mis perros corrían y la vida
nunca se iba a acabar.

Aquí estoy. Donde no hay más adelante
y tampoco se puede regresar.
Con la palabra entre unos labios
que ya no la saben pronunciar.

¿Qué hago con estas flores secas en la mano?
¿Qué hago ante esta casa demolida,
ante esta puerta de sal,
ya caída y para siempre sellada,
por donde nadie más entrará?
Muchos ojos me han olvidado.
Ojos me han olvidado.
Ojos que yo cerré como ha cerrado el tiempo
el ojo de este umbral.
Detrás de mí, la muerte.
Y delante también.
Siento que no conozco a nadie de esta hora,
que todos acaban de llegar.

Recuerdo de mi infancia privada

EUNICE ODIO

Por esas puertas que se cierran,
se abren...

HERNÁNDEZ DE PLIEGO Y BIVAR

Son puertas que a lo largo del alma me golpean.

No me hables de esas puertas, amigo, no me hables,

Porque yo les conozco sus goznes coronados de ira,
sus barrotes limados por el cielo,

Su tácito desvelo en las noches más altas,
por donde algunas veces transcurrió nuestro amado
como a través del grito duele hasta el hueso el alma,
con temblor de pesado miembro,
oscuro y prohibido.

Yo he pasado a toda hora
por esas puertas húmedas que se cierran, se abren,

y he reído hasta el hombro
de sentir sus profundos maderos alterados,

porque pasaba un niño coral entre pañales
como ríos de cisne sin contornos.

Pero también recuerdo
debajo de mi infancia,
en un secreto abril con habitantes,
con océanos,
con árboles,
una puerta de azul carpintería
por donde algunas veces comenzaba mi madre,
empezaban sus labios,
sus brazos que partían de las olas,
su voz en que cabía la tarde
y apenas mis dos piernas que corrían
desordenando el aire.

Ahora la recuerdo
con mis beligerancias infantiles,
puerta de piedras jóvenes,

mi madre
con sus pasos de ternera boreal,
traspasándola,
se incorporaba a la semana
ciñéndose el perfil,
la trenza,

la memoria,
la cintura en escombros de paloma,

y me buscaba
entre los habitantes de ese abril
con océanos,
con árboles,

y yo corría,
corría,

con mis piernas de niña
para ser hallada con la voz
en la tarde.

Dedicatoria en un álbum
RAYMUNDO RAMOS

Ella es una buena madre,
alimenta a sus hijitos con semillas de girasol
y detiene la rosa (en un paso de balet increíble)
sobre la superficie escarlata y pulida del piano;
a las 6.30 exactamente deposita un bombón de chocolate
en la cuevita de porcelana, le hace un guiño al reloj,
y se va a dormir –blanca y desnuda– como una perla
de los mares del Japón en los brazos de su amante. 🖼️



Javier Anzures